

007
ECO
COMM

R-69.142

CÓMO SE HACE UNA TESIS

Técnicas y procedimientos de estudio,
investigación y escritura

por

Umberto Eco

versión castellana de
LUCÍA BARANDA y
ALBERTO CLAVERÍA IBÁÑEZ

III. LA BÚSQUEDA DEL MATERIAL

III.1. La accesibilidad de las fuentes

///. 1.1. Cuáles son las fuentes de un trabajo científico

Una tesis estudia un *objeto* valiéndose de determinados *instrumentos*. Muchas veces el objeto es un libro y los instrumentos son otros libros. Tal es el caso de una tesis, supongamos, sobre *El pensamiento económico de Adam Smith*, en la cual el objeto está constituido por los libros de Adam Smith mientras que los instrumentos son otros libros sobre Adam Smith. En tal caso diremos que los escritos de Adam Smith constituyen las *fuentes primarias* y los libros sobre Adam Smith constituyen las *fuentes secundarias* o la *literatura crítica*. Naturalmente, si el tema fuera *Las fuentes del pensamiento económico de Adam Smith*, las fuentes primarias serían los libros o escritos en que se inspiró Smith. En realidad, las fuentes de un autor pueden haber sido también acontecimientos históricos (ciertas discusiones acaecidas en su tiempo sobre ciertos fenómenos concretos), pero estos acontecimientos siempre son accesibles en forma de material escrito, esto es, de otros textos.

Por el contrario, en ciertos casos el objeto es un fenómeno real: tales los casos de tesis sobre los movimientos

migratorios internos en la Italia actual, sobre el comportamiento de un grupo de niños minusválidos o sobre las opiniones del público respecto de un programa televisivo del momento. En estos casos las fuentes no existen todavía en forma de textos escritos, pero deben convertirse en los textos que se incluirán en la tesis a modo de documentos: serán datos estadísticos, transcripciones de entrevistas, fotografías quizá o incluso documentación audiovisual. En cuanto a la literatura crítica, las cosas no difieren mucho del caso precedente. Si no son libros o artículos de revistas, serán artículos de diario o documentos de varios tipos.

La distinción entre las fuentes y la literatura crítica ha de tenerse presente, pues con frecuencia la literatura crítica reproduce parte de las fuentes, pero —como veremos en el párrafo siguiente— estas son *fuentes de segunda mano*. Además, una investigación presurosa y desordenada fácilmente puede llevar a una confusión entre el discurso sobre las fuentes y el discurso sobre la literatura crítica. Si he escogido como tema *El pensamiento económico de Adam Smith* y según el trabajo va avanzando me doy cuenta de que me entretengo sobre todo discutiendo las interpretaciones de cierto autor y descuido la lectura directa de Smith, puedo hacer dos cosas: volver a las fuentes o decidir un cambio de tema y trabajar sobre *Las interpretaciones de Smith en el pensamiento liberal inglés contemporáneo*. Esto no me eximirá de saber qué dijo Smith, pero está claro que en este punto me interesará discutir no tanto lo que ha dicho él como lo que han dicho otros inspirándose en él. Con todo, es obvio que si quiero criticar en profundidad a sus intérpretes, tendré que confrontar sus interpretaciones con el texto original.

De todos modos, podría darse el caso de que el pensamiento original no me interesara casi nada. Supongamos que yo empiezo una tesis sobre el pensamiento Zen en la tradición japonesa. Está claro que tengo que leer el japonés y que no puedo fiarme de las pocas traducciones occidentales de que dispongo. Pero supongamos que al revi-

sar la literatura crítica me intereso por el uso que ha hecho del Zen cierta vanguardia literaria y artística norteamericana en los años cincuenta. Llegados a este punto está claro que ya no me interesa conocer con absoluta exactitud teológica y filosófica el sentido del pensamiento Zen, sino más bien conocer cómo las ideas orientales originarias han llegado a ser elementos de una ideología artística occidental. Entonces el tema de la tesis será *El empleo de sugerencias Zen en la «San Francisco Renaissance» de los años cincuenta* y mis fuentes los textos de Kerouac, Ginsberg, Ferlinghetti y demás. Estas son las fuentes con que tendré que trabajar, mientras que en lo referente al Zen podrán bastarme algunos libros de confianza y unas buenas traducciones. Naturalmente, suponiendo que no sea mi intención demostrar que los californianos han malinterpretado el Zen original, en cuyo caso la confrontación con los textos japoneses sería obligatoria. Pero si me limito a dar por descontado que se han inspirado libremente en traducciones del japonés, lo que me interesa es lo que han hecho ellos del Zen, y no lo que era el Zen originariamente.

Todo esto significa que es muy importante definir cuanto antes el verdadero objeto de la tesis a fin de poder plantear desde el principio el problema de la accesibilidad de las fuentes.

En el párrafo III.2.4. hay un ejemplo de cómo partiendo casi de nada pueden descubrirse en una pequeña biblioteca las fuentes necesarias para nuestro trabajo. Pero se trata de un caso límite. Por lo general se acepta el tema si se sabe que se tiene posibilidad de acceder a las fuentes, y se ha de saber (1) dónde son accesibles, (2) si son fácilmente asequibles, y (3) si estoy capacitado para manejarlas.

Podría decidir imprudentemente hacer una tesis sobre ciertos manuscritos de Joyce sin saber que están en la universidad de Buffalo o sabiendo perfectamente que nunca podré ir a Buffalo. Podría decidir entusiásticamente trabajar sobre un fondo documental perteneciente a

una familia particular de los contornos, para descubrir más tarde que se trata de una familia celosísima y que sólo se lo abre a estudiosos de gran fama. Podría decidir trabajar sobre ciertos documentos medievales accesibles pero sin pensar que nunca he hecho un curso para adiestrarme en la lectura de manuscritos antiguos.

Pero sin necesidad de buscar ejemplos tan complicados, podría decidir trabajar sobre un autor sin saber que sus textos originales son rarísimos y que tendré que viajar como un demente de biblioteca en biblioteca y de país en país. O considerar que es fácil conseguir los microfilmes de todas sus obras sin calcular que en mi universidad no hay aparato para la lectura de microfilmes, o que yo padezco de conjuntivitis y no puedo soportar un trabajo tan extenuante.

Es inútil que yo, fanático del cine, escoja una tesis sobre una obra menor de un director de los años veinte si luego descubro que sólo existe una copia de esta obra en los Film Archives de Washington.

Una vez resuelto el problema de las fuentes, surgen los mismos problemas en lo que a la literatura crítica se refiere. Podría escoger una tesis sobre un autor menor del siglo dieciocho porque en la biblioteca de mi ciudad se encuentra, por ejemplo, la primera edición de su obra; pero luego podría encontrarme con que lo mejor de la literatura crítica sobre este autor sólo puede obtenerse a costa de grandes esfuerzos monetarios.

Estos problemas no se solucionan decidiendo trabajar solamente sobre lo que se tiene, pues de la literatura crítica debe leerse, si no todo, al menos sí todo lo importante, y a las fuentes hay que acceder *directamente* (véase el párrafo siguiente).

Antes de cometer ligerezas imperdonables es preferible escoger otra tesis siguiendo los criterios expuestos en el capítulo II.

A título orientativo ofreceré algunas tesis a cuya lectura he asistido recientemente; en ellas las fuentes estaban identificadas con mucha precisión, se limitaban a un ám-

bito verificable y estaban claramente al alcance de los doctorandos, que sabían cómo manejarlas. La primera tesis era sobre *La experiencia clerical-moderada en la administración municipal de Módena (1889-1910)*. El doctorando, o el docente, había limitado con mucha exactitud la extensión de la investigación. El doctorando era de Módena, así que trabajaba sobre el lugar. La bibliografía estaba dividida entre bibliografía general y bibliografía sobre Módena. Supongo que en lo que se refiere a la segunda, habría trabajado en la biblioteca de su ciudad. En cuanto a la primera, habría dado algunos saltos a otros lugares. Las fuentes propiamente dichas se dividían en fuentes *de archivo* y fuentes *periodísticas*. El aspirante había revisado y hojeado todos los periódicos de la época.

La segunda tesis era sobre *La política escolar del P.C.I. desde el centro-izquierda hasta la protesta estudiantil*. También aquí se ve que el tema ha sido precisado con exactitud e incluso con prudencia: a partir del sesenta y ocho la investigación hubiera sido problemática. Las fuentes eran la prensa oficial del P.C., las actas parlamentarias, los archivos del partido y la prensa en general. Cabe imaginar que por exacta que haya sido la investigación, se habrán escapado muchas cosas de la prensa en general, pero indudablemente se trataba de fuentes secundarias de las que podían recabarse opiniones y críticas. Por lo demás, para definir la política escolar del P.C. bastaban las declaraciones oficiales. Pero seguro que la cosa hubiera sido muy distinta de referirse la tesis a la política escolar de la democracia cristiana, esto es, un partido en el gobierno. Porque de un lado hubieran estado las declaraciones oficiales y de otro los actos efectivos de gobierno, que quizá las contradijeran: la investigación hubiera tomado dimensiones dramáticas. Suponiendo que el período se hubiera alargado hasta más allá del 68, hubieran tenido que clasificarse entre las fuentes de opinión no oficiales todas las publicaciones de los grupos extraparlamentarios, que a partir de aquel año empezaron a proliferar. Con lo que también esta vez hubiera sido una investigación mucho más dura. Para concluir, supongo que el

aspirante tuvo la posibilidad de trabajar en Roma o de conseguir que le enviaran fotocopias de todo el material que precisó.

La tercera tesis era de historia medieval y a ojos de los profanos parecía mucho más difícil. Se refería a las vicisitudes de los bienes de la abadía de San Zeno, Verona, en la baja Edad Media. El núcleo del trabajo consistía en la transcripción, hasta entonces no efectuada, de algunos folios del registro de la abadía de San Zeno correspondientes al siglo XIII. Naturalmente, el doctorando tenía nociones de paleografía, es decir, sabía cómo se leen y con qué criterios se transcriben los manuscritos antiguos. Pero una vez en posesión de esta técnica, sólo se trataba de llevar adelante el trabajo seriamente y de comentar el resultado de la transcripción. De todos modos, la tesis era portadora de una bibliografía de treinta títulos, señal de que aquel problema específico había sido históricamente encuadrado basándose en la literatura precedente. Supongo que el aspirante era veronés y había elegido un trabajo que podía hacer sin viajar.

La cuarta tesis era sobre *Experiencias de teatro en prosa en el Trentino*. El doctorando, que vivía en dicha región, sabía que se trataba de un número muy limitado de experiencias y procedió a reconstruirlas por medio de la consulta de periódicos de varios años, archivos municipales y referencias estadísticas sobre la asistencia de público. No es muy distinto el caso de la quinta tesis, *Aspectos de política cultural en Budrio con especial referencia a las actividades de la biblioteca municipal*. Son dos ejemplos de tesis cuyas fuentes son altamente verificables y que además resultan ser bastante útiles, pues dan origen a una documentación estadístico-sociológica utilizable por investigadores posteriores.

A diferencia de las anteriores, la sexta tesis es el caso ejemplar de una investigación efectuada con cierta disponibilidad de tiempo y de medios, mostrando al mismo tiempo cómo se puede desarrollar a buen nivel científico un tema que a primera vista sólo parece susceptible de una honrada compilación. Su título era *La problemática*

del actor en la obra de Adolphe Appia. Se trata de un autor muy conocido, abundantemente estudiado por los historiadores y teóricos del teatro y sobre el cual al parecer no hay nada nuevo que decir. Pero el aspirante se lanzó a una callada investigación en los archivos suizos, recorrió muchas bibliotecas, exploró todos los lugares en que trabajara Appia y consiguió formar una bibliografía de los escritos de Appia (incluidos artículos menores que nadie había vuelto a leer) y de los escritos sobre Appia tal que pudo estudiar el tema con una amplitud y una precisión que, según el ponente, hacían de la tesis una contribución definitiva. Pues había ido más allá de la compilación sacando a la luz fuentes hasta entonces inaccesibles.

III.1.2. Fuentes de primera y segunda mano

Cuando se trabaja con libros, una fuente de primera mano es una edición original o una edición crítica de la obra en cuestión.

Una traducción no es una fuente: es una prótesis como la dentadura postiza o las gafas, un medio para llegar de modo limitado a algo que está más allá de mi alcance.

Una antología no es una fuente: es un alimento ya masticado; puede ser útil como primera aproximación, pero si hago una tesis sobre un autor, se supone que veré en él algo que otros no han visto, y una antología sólo me da lo que ha visto otro.

Los informes elaborados por otros autores, aunque estén formados por citas amplísimas, no son una fuente: son, como máximo, fuentes de segunda mano.

Una fuente puede ser de segunda mano por diversos conceptos. Si quiero hacer una tesis sobre los discursos parlamentarios de Palmiro Togliatti, los discursos publicados por *Unità* serán fuentes de segunda mano. Nadie me garantiza que el redactor no haya hecho cortes o cometido errores. Serán fuentes de primera mano las actas parlamentarias. Si consigo encontrar el texto escrito directamente de mano de Togliatti, dispondré de una fuente

de primerísima mano. Si quiero estudiar la declaración de independencia de los Estados Unidos, la única fuente de primera mano es el documento auténtico. Pero también puedo considerar de primera mano una buena fotocopia. Así como el texto establecido críticamente por algún historiador de seriedad indiscutida («indiscutida» quiere decir que nunca ha sido discutida por la literatura crítica existente). Se comprende entonces que el concepto de «primera» y «segunda mano» depende del sesgo que se dé a la tesis. Si la tesis se propone discutir las ediciones críticas existentes, hay que recurrir a los originales. Si la tesis pretende discutir el sentido político de la declaración de independencia, con una buena edición crítica tengo más que suficiente.

Si quiero hacer una tesis sobre *La estructura narrativa de «Los novios»*, me bastará con una edición cualquiera de las obras de Manzoni. Si, por el contrario, quiero discutir problemas lingüísticos (por ejemplo, *Manzoni entre Milán y Florencia*), habré de disponer de buenas ediciones críticas de las diversas redacciones de la obra de Manzoni.

Puede decirse, entonces, que *dentro de los límites fijados al objeto de mi investigación*, las fuentes han de ser siempre de *primera mano*. Lo único que no puedo hacer es citar a mi autor a través de las citas hechas por otro. En teoría, un trabajo científico serio no tendría que citar *nunca* a partir de otra cita, aunque ésta no verse directamente sobre el autor que se estudia. De todos modos hay excepciones razonables, especialmente en ciertas tesis particulares.

Por ejemplo, si escogéis *El problema de la trascendencia de lo Bello en la «Summa theologiae» de Santo Tomás de Aquino*, vuestra fuente primaria será la *Summa* de Santo Tomás, y puede decirse que la edición de la BAC, actualmente en venta, es suficiente, a menos que sospechéis que traiciona al original, en cuyo caso habréis de recurrir a otras ediciones (pero entonces vuestra tesis será de carácter filológico en vez de estético-filosófico). A continuación descubriréis que el problema de la trascendencia de lo

Bello también es tocado por Santo Tomás en su comentario al *De Divinis Nominibus* del Seudo-Dionisio; y a pesar del título restringido de vuestro trabajo, tendréis que revisar directamente también este comentario. Descubriéis por fin que Santo Tomás recogía el tema de manos de toda una tradición teológica precedente y que localizar todas las fuentes originales es la tarea de toda una vida de erudición. Pero os encontraréis con que esta tarea ya ha sido hecha por Dom Henry Pouillon, que en un amplio trabajo suyo transcribe amplísimos fragmentos de todos los autores que han comentado al Seudo-Dionisio, estableciendo relaciones, derivaciones y contradicciones. En el ámbito limitado de vuestra tesis, cada vez que queráis hacer una referencia a Alejandro de Hales o a Hilduino, podréis hacer uso del material recogido por Pouillon. Y si sucede que el texto de Alejandro de Hales se convierte en esencial para el desarrollo de vuestro discurso, habréis de intentar verlo directamente en la edición de Quaracchi; pero si se trata de referencias formadas por breves citas, bastará con declarar que se ha accedido a la fuente a través de Pouillon. Nadie dirá que habéis actuado con ligereza, pues Pouillon es un estudioso serio y el texto tomado de él no constituía el objeto directo de vuestra tesis.

Lo que no se ha de hacer jamás es citar de una fuente de segunda mano fingiendo haber visto el original. Y no sólo por razones de ética profesional: pensad en lo que sucedería si os preguntasen cómo habéis conseguido ver directamente tal manuscrito, cuando es notorio que fue destruido en 1944...

De todos modos, no hay que caer en la neurosis de la primera mano. El hecho de que Napoleón murió el 5 de mayo de 1821 es conocido por todos, generalmente, a través de fuentes de segunda mano (libros de historia escritos a partir de otros libros de historia). Si alguien quisiera estudiar precisamente la fecha de la muerte de Napoleón, tendría que acudir a documentos de la época. Pero si habláis de la influencia de la muerte de Napoleón sobre la psicología de los jóvenes liberales europeos, podéis fiaros

de un libro de historia cualquiera y dar por buena la fecha. Cuando se recurre explícitamente a fuentes de segunda mano, el problema es que se ha de verificar más de una y ver si cierta cita o referencia a un hecho u opinión es confirmada por varios autores. De no ser así, hay que sospechar: o se evita la referencia a dicho dato o se comprueba en los originales.

Por ejemplo, y ya que he dado un ejemplo sobre el pensamiento estético de Santo Tomás, diré que algunos textos contemporáneos que discuten este problema parten del presupuesto de que Santo Tomás dijo que «*pulchrum est id quod visum placet*». Yo, que hice mi tesis doctoral sobre este tema, fui a buscar en los textos originales y me di cuenta de que Santo Tomás *no lo había dicho nunca*. Había dicho «*pulchra dicuntur quae visa placent*», y no es cosa de explicar ahora por qué las dos formulaciones pueden llevar a conclusiones interpretativas muy diferentes. ¿Qué había sucedido? Que la primera fórmula había sido propuesta hace muchos años por el filósofo Maritain, que creía con ello resumir fielmente el pensamiento de Santo Tomás, y a partir de entonces otros intérpretes se habían referido a dicha fórmula (sacada de una fuente de segunda mano) sin preocuparse por recurrir a las fuentes de primera mano.

Idéntico problema se plantea en las citas bibliográficas. Teniendo que finalizar la tesis a toda prisa, hay quien decide poner en la bibliografía también cosas que no ha leído, o hablar directamente en notas a pie de página de estas obras (o peor aún, en el texto) basándose en noticias recogidas en otro sitio. Podría suceder que haciendo una tesis sobre el barroco leyerais el artículo de Luciano Anceschi «Bacone tra Rinascimento e Barocco», en *Da Bacone a Kant* (Bolonia, Mulino, 1972). Lo citáis y, para quedar bien, habiendo encontrado alguna nota sobre otro texto, añadís: «Para otras observaciones agudas y estimulantes sobre el mismo tema, véase, del mismo autor, 'L'estetica di Bacone', en *L'estetica dell'empirismo inglese*, Bolonia, Alfa, 1959». Quedaréis muy mal cuando alguien os comente que se trata de un mismo ensayo reeditado trece

años más tarde, y que la primera vez había salido en una edición universitaria de tirada más limitada.

Todo lo que se ha dicho sobre las fuentes de primera mano sigue siendo válido si el objeto de vuestra tesis no es una serie de textos, sino un fenómeno todavía en vigor. Si queréis hablar de las reacciones de los campesinos de la Romañola ante las ediciones del telediario, la fuente de primera mano será la encuesta *de campo* efectuada, entrevistando según las reglas a una proporción fidedigna y suficiente de campesinos. O como máximo una encuesta similar recién publicada por una fuente fidedigna. Pero si me limitara a citar datos de una investigación que tiene ya diez años, es evidente que actuaría de modo incorrecto, aunque sólo fuera porque desde entonces hasta hoy han cambiado tanto los campesinos como los programas televisivos.

Las cosas serían distintas si hiciera una tesis sobre *Las investigaciones sobre la relación entre público y televisión en los años sesenta*.

III.2. La investigación bibliográfica

III.2.1. *Cómo usar una biblioteca*

¿Cómo se hace una búsqueda preliminar en una biblioteca? Si ya se dispone de una bibliografía segura, evidentemente hay que acudir al catálogo de autores para ver qué puede proporcionar la biblioteca en cuestión. A continuación se pasa a otra biblioteca y así sucesivamente. Pero ese método presupone una bibliografía ya elaborada (y el acceso a una serie de bibliotecas, quizá una en Roma y otra en Londres). Evidentemente, no es este el caso que importa a mis lectores. Tampoco es que pueda aplicarse a los estudiosos profesionales. El estudioso podrá ir a una biblioteca en busca de un libro cuya existencia ya conoce, pero por lo general acude a la biblioteca no *con* la bibliografía, sino *para elaborar* una bibliografía.

cuanto se ha dicho. En este momento nos interesaba saber cómo se da una referencia bibliográfica correcta para poder elaborar nuestras fichas bibliográficas. Las indicaciones ofrecidas son más que suficientes para montar un fichero correcto.

Para acabar, tenemos en el cuadro 2 un ejemplo de ficha para el fichero bibliográfico. Como puede verse, en el curso de la búsqueda bibliográfica he localizado en primer lugar la traducción italiana. A continuación he encontrado el libro en una biblioteca y he apuntado arriba a la derecha las siglas de la biblioteca y la signatura del volumen. Finalmente he encontrado el libro y de la página del *copyright* he deducido el título y el editor originales. No figuraban datos sobre la fecha, pero he encontrado una en la solapa de la sobrecubierta y la he anotado a beneficio de inventario. A continuación he señalado por qué ha de ser tenido en cuenta el libro.

III.2.4. La biblioteca de Alessandria: un experimento

Ahora bien, se podría objetar que los consejos que he dado convienen a un estudioso especializado, pero que un joven sin preparación específica que se prepara a hacer la tesis tropieza con muchas dificultades:

- no dispone de una biblioteca bien provista quizá por vivir en una localidad pequeña;
- tiene ideas muy vagas sobre lo que busca y ni siquiera sabe por dónde empezar con el catálogo por materias, pues no ha recibido instrucciones suficientes del profesor;
- no puede corretear de una biblioteca a otra (pues no tiene dinero, no dispone de tiempo, tiene mala salud, etc.).

Intentemos pues imaginar una situación límite. Imaginémos a un estudiante obrero que en los cuatro años se ha acercado poquísimo por la universidad. Ha tenido contactos esporádicos con un solo profesor; por ejemplo, el profesor de estética o de historia de la literatura italiana. Se dispone a hacer la tesis con retraso y dispone del

último año académico. Hacia septiembre consigue ver al profesor o a un ayudante suyo, pero estaban en temporada de exámenes y el coloquio fue muy breve. El profesor le dijo: «¿Por qué no hace una tesis sobre el concepto de metáfora en los tratadistas del Barroco italiano?» A continuación el estudiante volvió a su pequeña localidad, un pueblo de mil habitantes sin biblioteca pública. La localidad importante más cercana (noventa mil habitantes) está a media hora de viaje. Dispone de una biblioteca que se abre por la mañana y por la tarde. Se trataría, disponiendo de dos permisos de media jornada en el trabajo, de ir a ver si puede hacerse con lo que encuentre allí una idea previa sobre la tesis y a lo mejor efectuar todo el trabajo sin más auxilio. Hay que excluir que pueda comprar libros caros y que pueda solicitar microfilmes a otro lugar. Como máximo podrá ir al centro universitario (con sus bibliotecas mejor provistas) dos o tres veces entre enero y abril. Pero de momento tiene que arreglárselas donde está. Si es preciso puede comprarse algún libro reciente en edición económica gastándose como máximo unas mil quinientas pesetas.

Esta es la situación hipotética. Pues bien, yo he intentado ponerme en la situación en que se halla este estudiante y he escrito estas líneas en un pueblecillo del alto Monferrato, a veintitrés kilómetros de Alessandria (noventa mil habitantes, una biblioteca pública-pinacoteca-museo). El centro universitario más cercano es Génova (una hora de viaje) pero en hora y media se puede ir a Turín o a Pavía. En tres horas, a Bolonia. Esta situación ya es muy positiva, pero no tendremos en cuenta los centros universitarios. Trabajaremos solamente en Alessandria.

En segundo lugar he buscado un tema que nunca he estudiado específicamente y que me coge aceptablemente desprevenido. Se trata, precisamente, del concepto de metáfora en los tratadistas barrocos italianos. Es evidente que en lo que a ese tema se refiere no estoy totalmente virgen, pues ya me he ocupado de estética y retórica; por ejemplo, sé que en los últimos años han salido en Italia

libros sobre el Barroco de Giovanni Getto, Luciano Anceschi y Ezio Raimondi. Sé que existe un tratado del siglo XVII que es // *cannocchiale aristotélico* de Emanuele Tesauro donde se discuten ampliamente estos conceptos. Pero esto también es lo mínimo que ha de saber nuestro estudiante, pues a finales del tercer año ya habrá rendido algunos exámenes y si ha tenido contacto con el profesor de que hablábamos, habrá leído por su cuenta algo en que se haga referencia a estas cosas. En cualquier caso, para que el experimento sea más riguroso, me haré a la idea de que no sé nada de lo que sé. Me limito a mis conocimientos de enseñanza media-superior: sé que el Barroco es algo que tiene que ver con el arte y la literatura del siglo XVII y que la metáfora es una figura retórica. Esto es todo.

Decido dedicar a la búsqueda preliminar tres tardes, de tres a seis. Dispongo de nueve horas. En nueve horas no se leen libros, pero se puede hacer una primera inspección bibliográfica. Todo lo que voy a contar en las páginas inmediatas fue hecho en nueve horas. No pretendo ofrecer el modelo de un trabajo completo y bien hecho, sino el modelo de un trabajo de orientación que tiene que servirme para tomar otras decisiones.

Al entrar en la biblioteca tengo ante mí, como se ha dicho en III.2.1., tres caminos.

1) Empezar a examinar el catálogo por materias: puedo buscar en las siguientes voces: «Italiana (literatura)», «Literatura (italiana)», «Estética», «*Seicento* (siglo XVII)», «Barroco», «Metáfora», «Retórica», «Tratadistas» y «Poéticas». ¹ La biblioteca dispone de dos catálogos, uno antiguo y otro puesto al día, ambos divididos por materias y autores. Los catálogos no han sido todavía

1. Buscar en «Arte-s. XVII», «Barroco» o «Estética» parece bastante obvio, mientras que la idea de buscar en «Poética» parece algo más sutil. Me justifico: no podemos imaginar a un estudiante que llegue a dicho tema partiendo de nada, pues no llegaría a formularse; así que la inclinación ha de provenir del profesor, de un amigo o de una lectura preliminar. Por tanto habrá oído hablar de las «poéticas del Barroco» o de las poéticas (o programas de arte) en general. Por ello suponemos que el estudiante está en posesión de este dato.

integrados en uno, así que es preciso buscar en los dos. Podría hacer un cálculo imprudente: si busco una obra decimonónica, seguramente estará en el catálogo antiguo. Error. Si la biblioteca la ha comprado hace un año en el mercado del libro antiguo, figurará en el catálogo moderno. Lo único de que puedo estar seguro es de que si busco un libro aparecido en el último decenio, sólo puede estar en el catálogo moderno.

2) Empezar a consultar enciclopedias e historias de la literatura. En las historias de la literatura (o de la estética) tendré que ir al capítulo sobre el *Seicento* o sobre el Barroco. En las enciclopedias puedo buscar: *Seicento*, Barroco, Metáfora, Poética, Estética, etc., como haré en el catálogo de materias.

3) Empezar a preguntar al bibliotecario. Descarto de inmediato esta posibilidad por ser la más fácil o por tratarse de un tema poco asequible. En realidad yo conocía al bibliotecario, y cuando le he dicho qué estaba haciendo ha empezado a dispararme una serie de títulos de repertorios bibliográficos de que disponía, algunos incluso en alemán e inglés. Me hubiera lanzado de súbito sobre un filón especializado, por lo que no he tenido en cuenta sus sugerencias. También me ha ofrecido facilidades para disponer de muchos libros a la vez, pero me he negado cortésmente dirigiéndome solamente y siempre a los ayudantes. Tengo que verificar los plazos de tiempo y las dificultades que pueden considerarse normales.

Así pues, he decidido empezar con el catálogo por materias y he hecho mal, pues he tenido una suerte extraordinaria. En la voz «Metáfora» figuraba: Giuseppe Comte, *La metáfora barroca - Saggio sulle poetiche del Seicento*, Milán, Mursia, 1972. Prácticamente es mi tesis. Si no soy honrado puedo limitarme a copiarla, pero también sería necio, pues cabe pensar que también mi director de tesis conocerá el libro. Si quiero hacer una buena tesis original este libro me plantea un problema, pues corro un riesgo: si no digo algo nuevo y diferente, pierdo el tiempo. Pero si quiero hacer una tesis de compilación decente, este libro

puede constituir un buen punto de partida. Si así es, podré empezar por él sin más problemas.

El libro tiene el defecto de no disponer de una bibliografía final, pero al cabo de cada capítulo lleva sustanciosas notas donde no sólo se citan los libros, sino que en ocasiones se explican y juzgan. A primera vista puedo sacar medio centenar de títulos, aunque he de tener en cuenta que el autor se refiere con frecuencia a obras de estética y semiótica contemporáneas que no están estrechamente ligadas con mi tema, si bien sacan a la luz las relaciones de éste con los problemas actuales. Llegado el caso estas referencias podrían servirme para imaginarme una tesis algo diferente y dedicada a las relaciones entre Barroco y estética contemporánea, como veremos más tarde.

Con el medio centenar de títulos «históricos» que puedo reunir, dispongo ya de un fichero preliminar para explorar a continuación el catálogo de autores.

Pero he decidido renunciar también a este camino. Mi buena suerte resultaba demasiado singular. En consecuencia, he actuado como si la biblioteca no dispusiera del libro de Comte (o como si no lo hubiera registrado entre las materias).

Para hacer más metódico el trabajo he decidido avanzar por el segundo camino: he ido, pues, a la sala de consultas y he empezado por los textos de referencia, exactamente por la *Enciclopedia Treccani*.

No figura el artículo «Barroco»; pero sí «Barroco, arte», enteramente dedicado a las artes figurativas. El volumen de la B es de 1930 y esto lo explica todo: todavía no había nacido en Italia la revaloración del Barroco. Llegado a este punto se me ocurre la idea de buscar «Secentismo», término referido al siglo XVII que durante mucho tiempo tuvo en Italia una connotación un tanto despectiva pero que en 1930, en una cultura ampliamente influida por la desconfianza de Benedetto Croce respecto del Barroco, pudo haber inspirado la formación del temario. Y aquí me encuentro con una grata sorpresa: un magnífico artículo amplio, atento a todos los problemas de la época,

desde los teóricos y poetas del Barroco italiano como Marino o Tesauro hasta las manifestaciones barrocas en otros países (Gracián, Lili, Góngora, Crashaw, etc.). Buenas citas y una bibliografía enjundiosa. Miro la fecha del libro y es de 1936; me fijo en las iniciales y descubro que se trata de Mario Praz. Lo mejor que podía encontrarse en aquellos años (e incluso hoy en muchos aspectos). Pero admitamos que nuestro estudiante no sepa cuan gran y agudo crítico es Praz: de todos modos, se dará cuenta de que ese artículo de enciclopedia es estimulante y decidirá ficharlo extensamente más adelante. De momento pasa a la bibliografía y ve que el tal Praz que escribe el artículo correspondiente ha escrito dos libros sobre el tema: *Secentismo e marinismo in Inghilterra*, de 1925, y *Studi sul concettismo*, de 1934. Así pues, hace ficha de estos dos libros. A continuación encuentra algunos títulos italianos, de Croce a D'Ancona, que apunta; localiza una referencia a un poeta crítico contemporáneo como T. S. Eliot y por fin cae sobre una serie de obras en inglés y en alemán. Obviamente, las apunta todas aunque no conozca la lengua (más tarde se verá esto), pero se da cuenta de que Praz hablaba del *Secentismo* en general mientras que él busca cosas más específicamente centradas en la situación italiana. Evidentemente, habrá de tener en cuenta como telón de fondo la situación en otros países, pero quizá no haya que empezar por ahí.

Consultemos de nuevo la *Enciclopedia Treccani* en sus artículos «Poética» (nada, envía a «Retórica», «Estética» y «Filología»), «Retórica» y «Estética».

La retórica está tratada con cierta amplitud; hay un párrafo sobre el *Seicento*, a consultar, pero ninguna indicación bibliográfica específica.

De la estética se ocupa Guido Calogero; pero, como sucedía en los años treinta, ésta se entiende como disciplina eminentemente filosófica. Figura Vico, pero no los tratadistas barrocos. Esto me permite entrever un camino a seguir: si busco material italiano lo encontraré entre la crítica literaria y las historias de la literatura más fácilmente que en la historia de la filosofía (por lo menos,

como más tarde se verá, hasta los tiempos más recientes). En el artículo «Estética» encuentro además una serie de títulos de historias clásicas de la estética que algo podrán decirme; casi todas están en alemán o en inglés y son muy viejas: Zimmerman es de 1858, Schlasler de 1872, Bosanquet de 1895; están además Saintsbury, Menéndez y Pelayo, Knight y por fin Croce. Advertiré de inmediato que exceptuando a Croce ninguno de estos textos se halla en la biblioteca de Alessandria. Sea como sea quedan apuntados: antes o después habrá que echarles un vistazo según el enfoque que tome la tesis.

Busco el *Grande Dizionario Enciclopédico Utet* porque recuerdo que había en él artículos muy amplios y puestos al día sobre «Poética» y otras cosas que me interesan, pero no está. Paso a continuación a hojear la *Enciclopedia Filosofica* de Sansoni. Encuentro de interés los artículos «Metáfora» y «Barroco». El primero no me ofrece orientaciones bibliográficas útiles pero me dice (y más adelante me daría cuenta de la importancia de esa advertencia) que todo empieza con la teoría de la metáfora de Aristóteles. El segundo me cita algunos libros que encontraré más tarde en obras de consulta más específica (Croce, Venturi, Getto, Rousset, Anceschi, Raimondi) y hago bien apuntándolos todos; más adelante descubriré que he apuntado un estudio bastante importante de Rocco Montano que las fuentes de posterior consulta no citan, casi siempre por ser anteriores.

Llegado a este punto pienso que será más productivo vérselas con una obra de consulta de más profundidad y más reciente y busco la *Storia della Letteratura Italiana* al cuidado de Cecchi y Sapegno, publicada por Garzanti.

Además de varios capítulos de diversos autores sobre la poesía, la prosa, el teatro, los viajeros, etc., encuentro un capítulo de Franco Croce, «Crítica y tratadistas del Barroco» (medio centenar de páginas). Me limito a esto. Lo recorro rápidamente (no estoy leyendo textos sino poniendo a punto una bibliografía) y me doy cuenta de que la difusión crítica se inicia con Tassoni (sobre Petrarca), sigue con una serie de autores que discuten el *Adone* de

Marino (Stigliani, Errico, Aprosio, Aleandri, Villani, etc.), pasa a través de los tratadistas que Croce denomina barroco-moderados (Peregrini, Sforza Pallavicino) y a través del texto base de Tesauro, que constituye verdadera y propiamente un tratado en defensa del ingenio y la agudeza barrocos («la obra quizá más ejemplar de toda la preceptiva barroca a nivel europeo») termina con Ja crítica de finales del diecisiete (Frugoni, Lubrano, Boschini, Malvasia, Bellori y otros). Me doy cuenta de que el núcleo de mis intereses debe centrarse en Sforza Pallavicino, Peregrini y Tesauro y paso a la bibliografía, que comprende un centenar de títulos. Está ordenada por materias, no alfabéticamente. Para poner orden recurro a las fichas. Hemos apuntado que Franco Croce se ocupa de varios críticos, de Tassoni a Frugoni, y en el fondo estaría bien fichar todas las citas bibliográficas a ellos referidas. Quizá para la tesis sólo sirvan las obras sobre los tratadistas moderados y sobre Tesauro, pero puede suceder que en la introducción o en las notas sea útil hacer referencia a otras polémicas. Téngase presente que esta bibliografía inicial habrá de ser posteriormente discutida por lo menos una vez, cuando esté preparada, con el director de tesis. El tendrá que conocer bien el tema y por ello podrá advertir de inmediato qué se puede descartar y qué debe ser leído en cada caso. Si tenéis un fichero preparado, podréis recorrerlo juntos en una horita. Sea como sea, y para nuestro experimento, *me limito a las obras generales sobre el Barroco y a la bibliografía específica sobre los tratadistas.*

Ya hemos dicho cómo han de ficharse los libros cuando nuestra fuente bibliográfica tiene lagunas: en la ficha que se reproduce en la pág. 117 he dejado espacio para escribir el nombre propio del autor (¿Ernesto? ¿Epaminondas? ¿Evaristo? ¿Elio?) y el nombre del editor (¿Sansoni? ¿Nuova Italia? ¿Nerbini?). Tras la fecha queda un espacio para otras observaciones. Evidentemente, las siglas que hay arriba las habré añadido más tarde, tras consultar el catálogo de autores de Alessandria (BMA: Biblioteca Municipal de Alessandria-, son las siglas que le

EJEMPLO DE FICHA A COMPLETAR
REDACTADA A PARTIR DE UNA PRIMERA
FUENTE BIBLIOGRÁFICA INCOMPLETA

BCA

Ce D 119

RAIMONDI, E

.LA. Letteratura Barocca, Florencia,
1961,

he dado yo) y encontrar que el libro de Raimondi (que se llama Ezio) tiene la signatura «Co D 119».

Y así actuaré con todos los demás libros. De todos modos, en las páginas siguientes procederé con más rapidez citando autores y títulos sin otras indicaciones.

Sacando cuentas, hasta ahora he consultado los artículos de la *Enciclopedia Treccani* y de la *Grande Enciclopedia Filosofica* (y he decidido apuntar solamente las obras sobre los tratadistas italianos) y el ensayo de Franco Croce. En los cuadros 3 y 4 figura la lista de lo que he fichado. (ATENCIÓN: ¡A cada una de mis sucintas observaciones debe corresponder una ficha completa y analítica con un espacio en blanco para las informaciones que me faltan!)

Los títulos precedidos de un «sí» son los que existen en el catálogo por autores de la Biblioteca de Alessandria. Terminado este primer trabajo de fichas me he concedido un entretenimiento y he hurgado en el catálogo. Así pues, ahora sé qué otros libros puedo consultar para completar mi bibliografía.

Como observaréis, de treinta y ocho obras fichadas he encontrado veinticinco. Es casi un setenta por ciento. Entran en el cálculo también obras que no había fichado pero que pertenecen a los autores fichados (buscando una obra a veces he encontrado otra).

Ya he dicho que he limitado mi selección a los títulos referidos a los tratadistas. Sin embargo, aun no apuntando textos sobre otros críticos, me he cuidado de tomar nota, por ejemplo, de *Idea* de Panofsky, que por otras fuentes descubriré más tarde resulta importante en lo que se refiere al problema teórico que me interesa. Cuando vaya a consultar, del mismo Franco Croce, el ensayo «Le poetiche del barocco in Italia» en el volumen de AAVV, *Momenti e problemi di storia dellestética*, me percataré de que en este mismo libro hay un ensayo tres veces más amplio sobre las poéticas del Barroco europeo, obra de Luciano Anceschi. Croce no la cita por limitarse a la literatura italiana. Sirva esto para señalar que partiendo de una referencia a un texto, a continuación se sacan de este

texto nuevas referencias y así sucesivamente, potencialmente hasta el infinito. Así pues, ya se ve que sólo partiendo de una buena historia de la literatura italiana puede decirse que empezamos bien.

Echemos ahora un vistazo a otra historia de la literatura, el viejo manual de Flora. No es un autor que se demore mucho en los problemas teóricos, pues se divierte saboreando fragmentos, pero tiene sobre Tesauro un capítulo lleno de citas deleitables y otros muchos comentarios acertados sobre las técnicas metafóricas del *Seicento*. En cuanto a la bibliografía, no puede pretenderse gran cosa de una obra general que se cierra en 1940; encuentro en ella la confirmación de algunos de los textos clásicos ya citados. Me sorprende el nombre de Eugenio D'Ors. Tendré que buscarlo. En lo que se refiere a Tesauro encuentro los nombres de Trabalza, Vallauri, Dervieux y Vigliani. Los ficho.

A continuación paso a consultar el volumen de AAVV, *Momenti e problemi di storia deWestética*. Lo encuentro y veo que está editado por Marzorati, y completo la ficha (Croce sólo decía: Milán).

Encuentro aquí el ensayo de Franco Croce sobre las poéticas del Barroco literario en Italia, análogo al que ya he visto pero anterior, por lo que su bibliografía no está actualizada. Pero la orientación es más teórica y esto me viene bien. Además el tema no se limita, como en el caso de Garzanti, a los tratadistas, sino que se extiende a las poéticas literarias en general; por ejemplo, sé estudia con cierta amplitud a Gabriello Chiabrera. Y a propósito de Chiabrera vuelve a salir el nombre de Giovanni Getto, que ya había fichado.

De todos modos, en el tomo de Marzorati junto al ensayo de Croce hay otro (que es casi un libro) de Anceschi, «Le poetiche del barocco letterario in Europa». Me percató de que es un estudio de gran importancia porque no sólo me encuadra filosóficamente la noción de Barroco en sus varias acepciones, sino que además me da a comprender cuáles son las dimensiones del problema en la cultura europea, en España, Inglaterra, Francia y Alemania.

CUADRO 3

OBRAS GENERALES SOBRE EL BARROCO ITALIANO LOCALIZADAS EXAMINANDO TRES TEXTOS DE CONSULTA (Treccani, Grande Enciclopedia Filosofica Sansoni-Gallarate, Storia della Letteratura Italiana Garzanti)

Encontrados en la biblioteca	Obras buscadas en el catálogo de autores encontrados en el catálogo	Obras del mismo autor
sí	Croce, B., <i>Saggi sulla letteratura italiana del seicento</i>	
sí		Nouvi saggi sulla letteratura italiana del seicento
sí	Croce, B., <i>Storia dell'età barocca in Italia</i>	
sí		Lirici marinisti — Politici e moralisti del 600
	D'Ancona, A., «Secentismo nella poesia cortegiana del secolo XV»	
	Prvz, A., <i>Secet'jüismo t' uatüü'riswo in Itii'nhicrrn</i>	
	Pia/, M., <i>Studi M</ conevifi.sijKi</i>	
	VfúAviAm, V. HIIUM „Lii(G, „* «<im> „	
sí	Getto, O., «Ja polémica sul barocco» Anceschi, L., <i>Del barocco</i>	
sí		«Le poetiche del barocco letterario in Europa»
sí		Da Bacone a Kant
sí		«Gusto e genio nel Bartoli»
sí	Montano, R., «L'Estetica del Rinascimento e del barocco»	
sí	Croce, F., «Critica e trattatistica del Barocco»	
sí	Croce, B., «I trattatisti italiani del concettismo e B. Gracián»	
sí	Croce, B., <i>Estética come scienza dell'espressione e linguistica générale</i>	
sí	Flora, F., <i>Storia della letteratura italiana</i>	
sí	Croce, F., «Le poetiche del barocco in Italia»	
sí	Calcaterra, F., // <i>Parnaso in rivolta</i>	
sí		«II problema del barocco»
	Marzot, G., <i>L'ingegno e il genio del seicento</i>	
	Morpurgo-Tagliabue, G., «Arislotelismo e barocco»	
	Jannaco, C., // <i>seicento</i>	

CUADRO 4

ARTÍCULO SOBRE LOS TRATADISTAS ITALIANOS DEL SEICENTO LOCALIZADAS EXAMINANDO TRES TEXTOS DE CONSULTA (Ireccani, Grande Enciclopedia Filosofica, Storia della Letteratura)

Encontrados en la biblioteca	Obra, buscadas en el catalogo de autores	Obras del mismo autor encontradas en el catálogo
	Biondolillo, F., «Matteo Peregrini e il secentismo»	
si.....	Raimondi, E., <i>La letteratura barocca</i>	
si.....		<i>Trattatisti e narratori del 600</i>
si.....	AAVV, <i>Studi e problemi di critica testuale</i>	
	Marocco, C., <i>Sforza Pallavicino precursore dell'estetica</i>	
	Volpe, L., <i>Le idee estetiche del Card. Sforza Pallavicino</i>	
	Costanzo, M., <i>Dallo Scaligero al Quadrio</i>	
	Cope, J., «The 1654 Edition of Emanuek' Tesaurus //I un- joccluih' aritowlit. (>>	
	Pol./i., C. «Noli, pielusivi, alio Mili- ik-l i ijinioti liKile»	
	Mazzeo, J.A., «Metaphysical fojir-y and tie Pu^iics of c>- rspondence »	
	Menapace Brisca, L., «L'arguta e ingegnosa elocuzione»	
si.....	Vasoli, C., «Le imprese del Tesauro»	«L'estetica dell'umanesimo e del ri- nascimento»
	Bianchi, D., «Intorno al <i>Cannochiale Aristotelico</i> »	
	Hatzfeld, H., «Three National Deformations of Aristotle: Tesauro, Gracián, Boileau	
si.....		«L'Italia, la Spagna e la Francia nel- lo sviluppo del barocco letterario»
si.....	Hocke, G.R., <i>Die Welt ais Labirinth</i>	
si.....	Hocke, G.R., <i>Manierismus in der Literatur</i>	Traducción italiana
si.....	Schlösser Magnino, J., <i>La letteratura artistica</i>	
si.....	Ulivi, F., <i>Galleria di scrittori d'arte</i>	
si.....		II manierismo del Tasso
	Mahon, D., <i>Studies in 600 Art and Theory</i>	

Reencuentro nombres apenas sugeridos en el artículo de Mario Praz para la *Enciclopedia Treccani* y otros, de Bacon a Lily y a Sidney, Gracián, Góngora, Opitz, así como las teorías del *wit*, de la agudeza y del *ingegno*. Quizá mi tesis no haga consideraciones sobre el Barroco europeo, pero estas nociones deben servirme de telón de fondo. En cualquier caso, debo disponer de una bibliografía completa sobre todas estas cosas. El texto de Anceschi me proporciona unos 250 títulos. Encuentro una primera lista de libros anteriores a 1946 y a continuación una bibliografía dividida por años desde 1946 hasta 1958. En la primera sección se confirma la importancia de los estudios de Getto y Hatzfeld, del volumen *Retorica e Barocco* (y me entero de que está al cuidado de Enrico Castelli), y ya el texto me había remitido a las obras de Wólfflin, Croce (Benedetto) y D'Ors. En la segunda sección me encuentro con una oleada de títulos; he de precisar que no he ido a buscarlos a todos al catálogo por autores, pues mi experimento se limitaba a tres tardes. En cualquier caso me doy cuenta de que están presentes ciertos autores extranjeros que han considerado el problema desde diversos puntos de vista y que, sea como sea, he de buscar: se trata de Curtius, Wellek, Hauser, Tapié; vuelvo a encontrar a Hocke, se me remite a un *Rinascimento e Barocco* de Eugenio Battisti para las relaciones con las poéticas artísticas, me confirma la importancia de Morpurgo-Tagliabue y me apercibe de que también habré de acudir al trabajo de Della Volpe sobre los comentaristas renacentistas de la *Poética* aristotélica.

Esto me aconseja considerar (en el mismo volumen de Marzorati que sigo teniendo ante mí) también el amplio ensayo de Cesare Vasoli sobre la estética del Humanismo y del Renacimiento. El nombre de Vasoli ya lo he encontrado en la bibliografía de Franco Croce. Gracias a los artículos de enciclopedia consultados sobre la metáfora me he percatado, y tengo que haberlo apuntado, de que el problema ya se plantea en la *Poética* y en la *Retórica* de Aristóteles; y ahora me entero por Vasoli de que en el siglo xvI hubo una cohorte de comentaristas de la *Poética*

y de la *Retórica*; y no sólo esto sino que además veo que entre estos comentadores y los tratadistas barrocos están los teóricos del Manierismo, que ya trataban el problema del ingenio y de la idea, que precisamente he visto surgir en las páginas sobre el Barroco apenas hojeadas. Tendré que volver a recorrer citas similares y a encontrarme con nombres como Schlosser.

¿Mi tesis corre el peligro de llegar a ser demasiado amplia? Nada de eso; sencillamente, tendré que restringir perfectamente el foco de interés primordial y trabajar sobre un solo aspecto específico, de otro modo tendría que verlo lodo; pero por otro lado habré de tener ante mi vista el panorama general y por ello deberé examinar muchos de estos textos, aunque sólo sea para disponer de noticias de segunda mano.

El amplio texto de Anceschi me inclina a revisar también las demás obras de este autor sobre el mismo tema. Apuntaré sobre la marcha *Da Bacone a Kant, Idea del Barocco* y un artículo sobre «Gusto e genio del Bartoli». En Alessandria sólo encontraré este último artículo y el libro *Da Bacone a Kant*.

Llegado a este punto consulto el estudio de Rocco Montano, «L'estetica del rinascimento e del barocco» en el tomo **XI** de la *Grande antología filosófica Marzorati*, que está dedicado al *Pensiero del Rinascimento e della Riforma*.

Me doy cuenta rápidamente de que no se trata de un mero estudio sino de una antología de fragmentos, muchos de los cuales son de gran utilidad para mi trabajo. Y veo una vez más cuan estrechas son las relaciones entre los estudiosos renacentistas de la *Poética*, los manieristas y los tratadistas barrocos. Encuentro también una referencia a una antología publicada por Laterza en dos volúmenes, *Trattatisti d'arte tra Manierismo e Controriforma*. Mientras busco este título en el catálogo de la biblioteca de Alessandria hurgando aquí y allá, me encuentro con que tienen también otra antología publicada por Laterza, *Trattati di poetica e retorica del 600*. No sé si tendré que recurrir a información de primera mano sobre este tema,

pero por prudencia hago ficha del libro. Ahora sé que lo tengo ahí.

Volviendo a Montano y a su bibliografía, tengo que hacer cierto trabajo de reconstrucción, pues las referencias están repartidas por capítulos. De todos modos vuelvo a encontrar muchos de los nombres ya anotados y veo que tendré que recurrir a algunas clásicas historias de la estética, como las de Bosanquet, Saintsbury y Gilbert and Kuhn. Y me doy cuenta de que para conocer muchas cosas sobre el Barroco español habré de encontrar la inmensa *Historia de las ideas estéticas en España* de Marcelino Menéndez y Pelayo.

Por prudencia apunto los nombres de los comentadores de la *Poética* del siglo XVI (Robortello, Castelvetro, Scaligero, Segni, Cavalcanti, Maggi, Varchi, Vettori, Spéroni, Minturno, Piccolomini, Giraldi Cinzio, etc.). Más tarde veré que algunos figuran en la antología del mismo Montano, otros en la de Della Volpe y otros en el volumen antológico de Laterza.

Me veo remitido al Manierismo. Aflora ahora la urgente referencia a *Idea*, de Panofsky. Vuelvo una vez más a Morpurgo-Tagliabue. Me pregunto si no tendré que saber algo más sobre los tratadistas manieristas, Serlio, Dolce, Zuccari, Lomazzo, Vasari, pero habría de lanzarme sobre las artes figurativas y la arquitectura y quizá baste con algunos textos históricos como los de Wólfllin, Panofsky, Schlosser o el más reciente de Battisti. No puedo dejar de anotar la importancia de autores no italianos como Sidney, Shakespeare, Cervantes...

Vuelvo a encontrar como autores fundamentales a Curtius, Schlosser, Hauser, italianos como Calcaterra, Getto, Anceschi, Praz, Ulivi, Marzot y Raimondi. El círculo se estrecha. Hay nombres que son citados por todos.

Para tomarme un respiro vuelvo a hurgar en el catálogo de autores: veo que el célebre libro de Curtius sobre literatura europea y edad media latina está allí, pero no en alemán sino en su traducción francesa; la *Letteratura artistica* de Schlosser ya hemos visto que estaba. Buscando la *Historia social del arte* de Arnold Hauser (y es curioso

que no figure, pues existe también edición de bolsillo) encuentro del mismo autor la traducción italiana del principal volumen sobre el Manierismo y, para no salir del tema, localizo también *Idea* de Panofsky.

Encuentro *La Poética del 500* de Della Volpe. // *secen-tismo nella critica* de Santangelo y el artículo «Rinascimento, aristotelismo e barocco» de Zonta. Siguiendo el nombre de Helmuth Hatzfeld encuentro un volumen de varios autores precioso por diversos conceptos, *La critica stilistica e il barocco letterario*, Actas del II Congreso internacional de estudios italianos, Florencia, 1957. No consigo encontrar una obra que parece importante de Carmine Jannaco, el volumen *Seicento* de la historia de las letras editada por Vallar di, los libros de Praz, los estudios de Rousset y Tapié, el ya citado *Retorica e Barocco* con el ensayo de Morpurgo-Tagliabue, las obras de Eugenio D'Ors y de Menéndez y Pelayo. En definitiva, la biblioteca de Alessandria no es la Biblioteca del Congreso de Washington, y ni siquiera la Braidense de Milán, pero en realidad ya me he garantizado treinta y cinco libros seguros, que no está mal para empezar. Mas la cosa no termina aquí.

En ocasiones basta con encontrar un solo texto para resolver toda una serie de problemas. Sigo verificando en el catálogo de autores y decido echar un vistazo (puesto que la tienen y me parece una obra básica de consulta) a «La polémica sul barocco» de Giovanni Getto, en AAW, *Letteratura italiana - Le correnti*, t. 1, Milán, Marzorati, 1956. Rápidamente me percató de que es un estudio de casi un centenar de páginas y de importancia excepcional, pues en él se relata la polémica sobre el Barroco desde entonces hasta nuestros días. Me doy cuenta de que todos han hablado sobre el Barroco: Gravina, Muratori, Tiraboschi, Bettinelli, Baretti, Alfieri, Cesarotti, Cantú, Gioberti, De Sanctis, Manzoni, Mazzini, Leopardi, Carducci, hasta Curzio Malaparte y los autores que ahora ya tengo copiosamente anotados. Y Getto transcribe largos fragmentos de la mayor parte de estos autores, lo cual me aclara un problema. Si tengo que hacer una tesis que se

refiera a la polémica histórica sobre el Barroco, tendré que dirigirme a todos estos autores. Pero si trabajo con los textos de la época o por lo menos con las interpretaciones contemporáneas, nadie me exigirá que haga tan inmensa labor (que por otra parte ya ha sido hecha y muy bien; a no ser que quiera hacer una tesis de alta originalidad científica y que me lleve muchos años de trabajo precisamente para demostrar que la investigación de Getto era insuficiente o mal enfocada; pero generalmente este tipo de trabajos requiere mayor experiencia). Así pues, el trabajo de Getto me sirve para disponer de suficiente documentación sobre todo aquello que sin ser materia específica de mi tesis no podrá dejar de aparecer en ella. Por eso este tipo de trabajos deben dar lugar a una serie de fichas. Esto es, haré una ficha sobre Muratori, otra sobre Cesarotti, otra sobre Leopardi y así sucesivamente, apuntando la obra en que han emitido sus juicios sobre el Barroco; y en cada ficha copiaré el resumen proporcionado por Getto, con las citas (naturalmente, apuntando al pie que este material proviene del ensayo de Getto). Más tarde, si empleo este material en la tesis, puesto que se tratará de información de segunda mano, tendré que decir siempre en nota: «cit. en Getto, etc.»; y esto no sólo por honradez sino también por prudencia: no he verificado las citas y por tanto no soy responsable de alguna eventual imperfección en las mismas; declararé lealmente haberlas extraído de otro estudio, no fingiré haberlo revisado todo personalmente y me quedaré tranquilo. Naturalmente, incluso cuando se otorga confianza a un estudio precedente de este tipo, el ideal sería volver a verificar en los originales todas las citas que se toman prestadas; pero, recordémoslo, aquí estamos ofreciendo un modelo de investigación hecha con pocos medios y poco tiempo.

Llegado a este punto hay algo que no puedo permitirme ignorar: los autores originales *sobre los cuales* haré la tesis. Tendré que buscar ahora los autores barrocos, pues, como se ha dicho en III.2.2., una tesis también debe tener material de primera mano. No puedo hablar de los tratadistas si no los leo. Puedo no leer a los teóricos manieris-

tas de las artes figurativas y fiarme de estudios críticos, puesto que no constituyen el núcleo de mi investigación, pero no puedo ignorar a Tesauro.

En consecuencia, dándome cuenta de que sea como sea he de leer la *Retórica* y la *Poética* de Aristóteles, echo un vistazo a estas fichas de la biblioteca. Y tengo la sorpresa de hallar por lo menos 15 ediciones antiguas de la *Retórica* entre 1515 y 1837, los comentarios de Ermolao Bárbaro, la traducción de Bernardo Segni, las paráfrasis de Averroes y de Piccolomini; además están las ediciones inglesas de Loeb con el texto griego y las dos traducciones italianas modernas de Rostagni y Valgimigli. Basta y sobra y hasta me entran ganas de hacer una tesis sobre un comentario renacentista de la *Poética*. Mas no divaguemos.

Gracias a varios detalles de los textos consultados me había dado cuenta de que también afectaban a los fines de mi estudio ciertas observaciones de Milizia, Muratori y Fracastoro, y resulta que en Alessandria hay ediciones antiguas de estos autores.

Mas pasemos a los tratadistas barrocos. Ante todo está la antología Ricciardi, *Traütatisti e narratori del 600* de Ezio Raimondi, con cien páginas del *Cannocchiale aristotélico*, sesenta páginas de Peregrini y otras sesenta de Sforza Pallavicino. Si no tuviera que hacer una tesis sino un ejercicio de unas treinta páginas para un examen, sería más que suficiente.

Pero yo quiero además los textos completos, y de entre estos, por lo menos: Emanuele Tesauro, // *Cannocchiale aristotélico*; Nicola Peregrini, *Delle Acutezze e / fonti de-H'ingegno ridotti a arte*; Cardinal Sforza Pallavicino, *Del Bene y Trattato dello stile e del dialogo*.

Acudo al catálogo de autores, sección antigua, y encuentro dos ediciones del *Cannocchiale*, una de 1670 y otra de 1685. Es una verdadera lástima que no dispongan de la primera edición de 1654, sobre todo teniendo en cuenta que he leído en algún sitio que de una edición a otra hubo añadidos. Encuentro dos ediciones decimonónicas de la obra completa de Sforza Pallavicino. No loca-

lizo la obra de Peregrini (y lo siento, pero me consuela el hecho de contar con una antología de ochenta páginas en la obra de Raimondi).

A modo de inciso diré que en los textos críticos he encontrado por aquí y por allá rastros de Agostino Mascardi y de su *De l'arte istorica*, de 1636, obra con muchas observaciones sobre las artes pero que no aparece citada entre los tratados barrocos: en Alessandria hay cinco ediciones, tres del siglo xvii y dos del xix. ¿Me conviene hacer una tesis sobre Mascardi? Pensándolo bien no es una propuesta peregrina. Si uno no puede moverse de un sitio habrá de trabajar solamente con el material de que dispone allí.

En una ocasión me dijo un profesor de filosofía que había escrito un libro sobre cierto filósofo alemán solamente porque su universidad había comprado la nueva edición completa de su *opera omnia*. Si no, habría estudiado a otro autor. No es que sea un buen ejemplo de ardiente vocación científica, pero suele pasar.

Ahora intentemos poner remos a la barca. ¿Qué hago yo en Alessandria? He reunido una bibliografía —que, prudentemente, incluye al menos trescientos títulos— y he anotado todas las referencias encontradas. En Alessandria he encontrado algo más de una treintena de estos trescientos títulos además de los textos originales de, por lo menos, dos autores que podría estudiar, Tesauro y Sforza Pallavicino. No está mal para una pequeña ciudad de provincias, y para mi tesis es suficiente.

Hablemos claramente. Si quisiera hacer una tesis de tres meses con material de segunda mano, sería suficiente. Los libros que no he encontrado vendrán citados en los libros que he encontrado, y si monto bien mi reseña de los mismos me saldrá un discurso que se sostenga. Quizá no sea demasiado original, pero es correcto. El peligro estaría en la bibliografía. Pues si pongo sólo lo que he visto realmente, el ponente podría echarme en cara haber descuidado un texto fundamental. Y si hago trampas, ya se ha visto que sigo un procedimiento al mismo tiempo incorrecto e imprudente.

Con todo, hay algo seguro: que durante los tres primeros meses puedo trabajar tranquilamente sin moverme de los alrededores a base de sesiones de biblioteca y préstamos. Hay que tener en cuenta que los libros de consulta y los libros antiguos no se prestan, así como tampoco las revistas (pero si se trata de artículos puedo trabajar con fotocopias). Pero sí los demás libros. Si consigo planificar algunas sesiones intensivas en el centro universitario para los próximos meses, entre septiembre y diciembre podré trabajar tranquilamente en el Piamonte con poco material. Entre otras cosas podré leer enteramente a Tesauro y a Sforza. Debo preguntarme entonces si no me convendrá dedicarme por completo a sólo uno de estos dos autores, trabajando directamente sobre el texto original y aprovechando el material bibliográfico localizado para hacerme con un telón de fondo. A continuación tendré que localizar los libros que no puedo dejar de revisar y los buscaré en Turín o Genova. Con un poco de suerte encontraré todo lo que necesito. Además, gracias a que el tema es italiano, he evitado tener que ir a París, a Oxford o yo qué sé adonde.

Aún quedan decisiones difíciles por tomar. Lo más sensato es que, una vez preparada la bibliografía, haga una escapada para ir con el profesor que me dirige la tesis y mostrarle lo que tengo. El podrá aconsejarme una solución cómoda que me permita restringir el marco e indicarme qué libros es imprescindible que revise. En cuanto a estos últimos, si en la biblioteca de Alessandria hay lagunas, puedo hablar con el bibliotecario para ver si hay posibilidad de solicitar préstamos a otras bibliotecas. Pasando un día en el centro universitario podré localizar una serie de libros y artículos sin haber tenido tiempo para leerlos. En cuanto a los artículos, la biblioteca de Alessandria podría escribir y pedir fotocopias. Un artículo importante de unas veinte páginas vendría a costarme ciento cincuenta pesetas más gastos postales.

En teoría también podría tomar una decisión distinta. En Alessandria dispongo de los textos de dos autores importantes y de un número suficiente de textos críticos.

Suficiente para comprender a estos dos autores, no suficiente para decir algo nuevo a nivel historiográfico o filológico (a no ser que tuviera la primera edición del libro de Tesauro, en cuyo caso podría confrontar tres ediciones del diecisiete). Supongamos ahora que alguien me aconseja ocuparme solamente de cuatro o cinco libros en que se bosquejan teorías *contemporáneas* de la metáfora. Yo aconsejaría: *Ensayos de lingüística general* de Jakobson, la *Retórica general* del Grupo *\i* de Lieja y *Metonimia y metáfora* de Albert Henry. Dispongo de los elementos necesarios para bosquejar una teoría estructuralista de la metáfora. Todos estos libros están en el comercio, vendrán a costar unas dos mil pesetas y, sobre todo, están traducidos.

A estas alturas podría ya comparar las teorías modernas con las teorías barrocas. Con los textos de Aristóteles y Tesauro, una treintena de estudios sobre este último y los tres libros contemporáneos que he citado, tendría posibilidades de llevar a buen término una tesis inteligente con aspectos originales y sin pretensión ninguna de hacer descubrimientos filológicos (si bien con pretensión de exactitud en lo concerniente al Barroco). Y todo sin salir de Alessandria, excepto para buscar en Turín o Genova solamente dos o tres libros fundamentales que no encontraba en Alessandria.

Pero estamos en el terreno hipotético. Podría suceder que, fascinado por mi búsqueda, decidiera dedicar no uno, sino tres años al estudio del Barroco, que me endeudara o buscara becas para estudiar a gusto, etc., etc. No puede esperarse de este libro que os indique qué habéis de poner en la tesis ni cómo habéis de organizar la vida.

Lo que queríamos demostrar (y creo haberlo demostrado) es que *se puede llegar a una biblioteca de provincias sin saber nada o casi nada sobre un tema y tener, tres tardes más tarde, ideas al respecto suficientemente claras y completas*. No vale decir eso de «estoy en un pueblo, no tengo libros, no sé por dónde empezar ni tengo a nadie que me ayude».

Naturalmente, hay que escoger temas que se presten a

este juego. Supongamos que yo quisiera hacer una tesis sobre la lógica de los mundos posibles en Kripke y Hintikka. También lo he intentado y me ha costado muy poco tiempo hacer la comprobación. Una primera inspección del catálogo por materias («Lógica») me ha revelado que la biblioteca tiene al menos una quincena de libros importantes de lógica formal (Tarski, Lukasiewicz, Quine, algunos manuales, estudios de Casari, Wittgenstein, Strawson, etc.). Pero nada sobre las lógicas modales más recientes, material que por lo general está en revistas especializadísimas y que muchas veces no tienen ni siquiera ciertas bibliotecas de facultades de filosofía.

He escogido intencionadamente un tema que nadie elegiría en el último año sin saber nada de él y sin tener ya en casa textos básicos. No quiero decir que sea una tesis de estudiante rico. Conozco a un estudiante no rico que ha hecho una tesis sobre temas generales hospedándose en un pensionado religioso y comprando poquísimos libros. Pero, desde luego, se trataba de una persona que había acometido la empresa dedicándole todo su tiempo, haciendo sacrificios, eso sí, pero sin que una situación familiar difícil le obligara a trabajar. No hay tesis que sean de por sí propias de estudiantes ricos, pues aunque se escogiera *Las variaciones de la moda balnearia en Acapulco a lo largo de cinco años*, siempre se podrá encontrar una fundación dispuesta a financiar la investigación. Pero es evidente que no se pueden hacer ciertas tesis si se está en una situación particularmente difícil. Y por eso intento aquí considerar cómo pueden hacerse trabajos dignos ya que no con frutos exóticos, tampoco con higos secos.

III.2.5. ¿Hay que leer los libros? ¿Y en qué orden?

El capítulo sobre la investigación bibliotecaria y el ejemplo de investigación *ab ovo* que he ofrecido hacen pensar que escribir una tesis significa reunir gran cantidad de libros.

Pero ¿siempre se hacen las tesis sólo con libros o sobre libros? Ya hemos visto que también hay tesis experimentales en que se registran investigaciones de campo, por ejemplo observando durante meses el comportamiento de una pareja de topos en un laberinto. Pero sobre este tipo de tesis no me siento capaz de dar consejos precisos, pues el método depende del tipo de disciplina, y quien emprende semejantes investigaciones ya vive en un laboratorio, en contacto con otros investigadores, y no tiene necesidad de este lío. Lo que sí sé, como ya he dicho, es que también en este tipo de tesis el experimento está encastrado en una discusión sobre la bibliografía científica precedente. Por lo que también en estos casos salen a colación los libros.

Lo mismo sucedería con una tesis de sociología si el aspirante tuviera que pasar mucho tiempo en contacto con situaciones reales. También en este caso necesitaría libros, si no para otra cosa, para saber que ya se han hecho investigaciones análogas.

Hay tesis que se hacen hojeando publicaciones o actas parlamentarias, pero también éstas requieren una literatura de apoyo.

Y están, por fin, las tesis que se hacen hablando solamente de libros, como son por lo general las tesis de literatura, filosofía, historia de la ciencia, derecho canónico o lógica formal. Y en la universidad italiana, sobre todo en las facultades de humanidades, son mayoría. Además, un estudiante norteamericano que estudie antropología cultural tiene a los indios a la puerta de casa o encuentra dinero para hacer investigaciones en el Congo, mientras que por lo general el estudiante italiano se resigna a hacer una tesis sobre el pensamiento de Franz Boas. Naturalmente hay buenas tesis de etnología, y cada vez mejores, elaboradas a partir del estudio de la realidad de nuestro país, pero también en estos casos interviene siempre el trabajo de biblioteca, si no para otra cosa, al menos para localizar repertorios folkloristas e informaciones documentales precedentes.

En cualquier caso, digamos que, por motivos com-

prensibles, este libro se refiere a esa gran mayoría de tesis sobre libros y que utilizan exclusivamente libros.

No obstante, a este propósito hay que recordar que por lo general una tesis sobre libros recurre a dos tipos de libros: aquellos *de los que se habla* y aquellos *con la ayuda de los cuales se habla*. En otros términos, por una parte están los textos que constituyen el objeto y por otra la literatura existente sobre dichos textos. En el ejemplo del párrafo precedente figuraban tanto los tratadistas del Barroco como todos los que han escrito sobre los tratadistas del Barroco. Así pues, han de distinguirse los textos de la literatura crítica.

En consecuencia, se plantea la siguiente pregunta: ¿hay que enfrentarse inmediatamente a los textos o se ha de pasar antes por la literatura crítica? La pregunta puede carecer de sentido por dos motivos: (a) porque la decisión depende de la situación del estudiante, que puede conocer ya bien a su autor y decidir profundizar o aproximarse por vez primera a un autor difícilísimo y a primera vista incomprensible; (b) es un círculo vicioso: sin literatura crítica preliminar el texto puede resultar ilegible, y sin conocimiento del texto es difícil valorar la literatura crítica.

Pero la pregunta resulta razonable cuando proviene de un estudiante desorientado, por así decirlo, de nuestro hipotético individuo que se enfrenta por vez primera a los tratadistas barrocos. Puede ocurrírsele preguntar si ha de empezar de inmediato a leer a Tesauro o si debe montarse primero el armazón leyendo a Getto, Anceschi, Raimondi y demás.

Creo que la respuesta más sensata es la siguiente: tiene que abordar de inmediato dos o tres textos críticos escogidos entre los más generales, a fin de tener una idea del telón de fondo sobre el que se mueve; a continuación se enfrentará directamente al autor original intentando comprender lo que dice; luego verificará el resto de la literatura crítica existente; y por fin volverá a examinar al autor a la luz de las nuevas ideas adquiridas. Pero este consejo es demasiado teórico. En realidad cada uno estu-

dia según los ritmos de su deseo, y no puede decirse que «comer» de modo desordenado haga daño. Se puede avanzar en zig-zag alternando los objetivos. Siempre que una espesa red de observaciones personales, preferiblemente en forma de fichas, guarde en su interior el resultado de estos movimientos «a la ventura». Naturalmente, también depende todo de la estructura psicológica del observador. Hay individuos *monocrónicos* e individuos *policrónicos*. Los monocrónicos solamente trabajan bien cuando empiezan y acaban una sola cosa cada vez. No pueden leer escuchando música ni pueden interrumpir la lectura de una novela para pasar a otra, pues pierden el hilo; y en los casos límites, no pueden contestar a las preguntas formuladas mientras se afeitan o se maquillan.

Los policrónicos son todo lo contrario. Solamente trabajan bien cuando llevan adelante varios intereses a la vez, y si se dedican a una sola cosa se agostan, oprimidos por el aburrimiento. Los monocrónicos son más metódicos, pero frecuentemente tienen poca fantasía. Los policrónicos parecen más creativos pero frecuentemente son más liosos y volubles. Pero si acudís a consultar la biografía de los grandes, veréis que los hubo tanto policrónicos como monocrónicos.